El deber del escritor en un país subdesarrollado

Por Sebastián Salazar Bondy

Esta es, en resumen, la ponencia del autor en el reciente Encuentro de Escritores Americanos de Concepción (Chile), que se realizó entre el 17 y el 23 de enero del año en curso. Ha sido reconstruída sobre apuntes, ya que la intervención no fue leída.

Soy un limeño de la clase media, lo cual quiere decir muchas cosas. Entre otras, haber vivido durante la niñez y la adolescencia en un mundo más de falacias que de realidades, haber aprendido a considerar la existencia principalmente como una carrera en pos del éxito económico (cuyo objetivo es, por sobre todo, el cambio de clase), haber estado obligado a aceptar la injusta organización social como un hecho inevitable. La condición socialmente mediana de mi origen estuvo vinculada a las dificultades económicas de mi familia y también, paralelamente, a la educación religiosa que postulaba la admisión de todo sacrificio y toda carestía como una prueba trascendental. Mi vocación literaria no puede verse independientemente de esta raíz concreta. Busqué en los libros una evasión de la realidad inmediata cuya imagen más precisa fue siempre la de mi madre sobrellevando la penuria con ejemplar estoicismo. Cuando la inclinación artística se fue precisando, mis convicciones estéticas se decidieron por el purismo. Así, en todo caso, eran denominados en la nomenclatura local, no muy rigurosa por cierto, los poetas y los artistas que se interesaban por el logro de una obra ajena a cualquier referencia dramática a la sociedad, a las multitudes despojadas, al universo en conflicto político y, por ende, moral. Las dictaduras, por ejemplo —y conviene hacer esta aclaración— me repugnaron por vulgares, no por violentas o crueles, y es debido a ello que estuve con quienes las combatieron.

UNA VERDAD EN LAS CIFRAS

Todo lo que escribí hasta cerca de los veinticinco años responde así a una motivación esteticista, y parte de mi experiencia bohemia —y posiblemente la de mis amigos de la primera hora literaria—, constituyó un inconsciente gesto romántico de rebeldía contra las ideas y las instituciones que en mi país, deformado por la oligarquía, impedido de progresar verdaderamente, ahogado dentro de una estructura de tipo feudal, prevalecían para exclusivo provecho de unos cuantos dueños de todo y para el relativo beneficio de sus servidores. La obra esteticista, sin embargo, no me satisfizo nunca. Me dejó siempre un sabor amargo, de frustración, en la boca y en el alma. Y esa angustia desesperante crecía y crecía en mí conforme verificaba que las páginas que ardientemente trataba de crear no me expresaban ni expresaban mi mundo. Tampoco, por supuesto, el folklore, el indigenismo, la poesía y la literatura empeñadas con el partidismo político —que parecían ser el frente contrario al que yo estaba incluído— tenían la razón.

Hubo, afortunadamente, años de meditación y de duda. A través de la nostalgia del país natal y de los míos, por un conducto sentimental, fui hallando, en el extranjero, la verdad. Un día, del cual no recuerdo la fecha pero sí la luz y el sonido, me di con una deslumbradora certeza. Mis lecturas de los días anteriores a esa jornada de descubrimiento no habían sido literarias. No leía, devoraba textos de cifras, de datos estadísticos, de cuadros sinópticos aparentemente áridos. A través de dichos guarismos secos, irrebatibles por su sequedad, encontré los hechos patéticos que me revelaron mis deberes de escritor, de intelectual.

PAIS DE TIERRA Y MELANCOLIA

García Lorca evocó un "Perú de metal y melancolía". En esa frase hay una falacia, que aún los peruanos hemos solido frívolamente acatar —la del país aúreo—, y una verdad, que pocos en el munda conocen —la de la tristeza peruana, por la cual Vallejo pedía perdón—, y en la continomia está significado el drama profundo de mi patria. Somos un país de melancolía, sí, pero no somos, no fuimos nunca —salvo por la voracidad de la España conquistadora— un país de metal. Precisamente los libros que me condujeron a la realidad proclamaban otra cosa. Decían que la renta agropecuaria del Perú alcanza el 41% de la renta nacional y que más del 60% de la población se dedica a la agricultura. Es el Perú un país de tierra, de una tierra que es desdichadamente, como en la hermosa frase de Ciro Alegría, "ancha y ajena".

Habrá de permitírseme citar aquí algunos datos de economía para que se justifique el calificativo de "subdesarrollado", que Anderson Imbert considera atroz (y que es efectivamente atroz), cuya significación las gentes que no tenemos miedo de las palabras aplicamos a nuestros países de América Latina (1). De los 10 millones de seres que habitan el Perú, sólo 4 son, económicamente hablando, activos y productivos. Estos 4 millones tienen que cubrir con su trabajo las necesidades del resto. Como en el país predominan las actividades puramente extractivas (pues son insignificantes las industrias de transformación y los servicios), nuestra economía es principalmente de exportación. Sólo producimos materias primas y, en consecuencia, dependemos del comercio exterior para obtener desde artículos de primera necesidad hasta maquinarias. Cualquier fenómeno extraño en el mercado exterior —el subsidio proteccionista en las naciones compradoras a favor de un producto que vendemos o una fortuita afección a la coronaria de un Jefe de Estado— repercute en nuestra vida económica y social y, generalmente, afecta la normal existencia de la nación. Somos dependientes, somos subdesarrollados.

Añádanse otros datos, acarreados en desorden pero muy ilustrativos, y se tendrá una noción de la absurda organización en que los peruanos vivimos. La renta nacional distribuída per cápita equivale a 20 centavos de dólar diario por persona. Los latifundios ocupan el 66% del área cultivada. Padecemos de lo que Josué de Castro llama el "hambre crónica", pues de las 3,200 calorías promedio que cada hombre debe ingerir diariamente, nuestro pueblo sufre un déficit de 1,100, y de los 85 gramos de proteínas indispensables para un individuo, el peruano ingiere 38 menos cotidianamente. En el ramo de la minería, prevalecen los bajos salarios para el trabajador y las grandes ganancias para las empresas (1 millón de soles anuales cada una, aproximadamente). En el campo de la industria priva la industria denominada ligera, que sólo emplea el 4% de la población económicamente activa. El salario promedio en este ramo de la producción es de 20 dólares al mes, en tanto los capitalistas ganan el salario de 116 obreros. Podrían llenarse páginas y más páginas con informaciones semejantes. Bastan las enunciadas como botón de muestra de la desgraciada condición de la gran masa peruana, que aumenta a un ritmo anual de 3 por ciento.

Es la llamada "libre empresa" la clave para mantener el dominio económico de la oligarquía y la miseria masiva consecuente. Eso y el "libre cambio", que equivale a un control de la moneda por parte de los latifundistas y grandes poseedores, constituyen los instrumentos de un aparato que, según se dice, el Padre Joseph Lebret calificó como el más perfecto para ejercer la explotación general en aras de una minoría que detenta el poder y lo usa para sí, ya bajo el imperio de la dictadura, ya bajo la indulgencia de la democracia meramente política. Esto explica nuestra melancolía.

LOS CUATRO CAMINOS

La verdad de que hablaba antes se me reveló merced al conocimiento de estas trágicas realidades. Ella se me hizo patente como en aquel dístico de Vallejo:

Alguien va a un entierro sollozando,
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

SALAZAR BONDY
...el drama profundo de mi patria..

¿Podía yo hacer purismo, literatura de evasión, juegos estéticos, si mi pueblo reclamaba de mí y de cada uno de los suyos, en especial de los intelectuales, una militancia por su causa, por la causa de su liberación? ¿No era un imperativo moral el de emplear mi pluma para señalar estas lacras, estos padecimientos, estas desgracias? Sobre todo, el subdesarrollo económico determina un correlativo subdesarrollo cultural manifestado por el analfabetismo (45% de analfabetos y un buen número de los que son nombrados "ex-analfabetos"), y nada se puede hacer, como es lógico, por la educación popular en tanto no se dé un vuelco en el nivel de la triste situación socio-económica de las masas.

La aparición del escritor con conciencia de la estructura deformada del país y de la necesidad de revisarla y transformarla no es un azar entre nosotros. Creo que por diversas rutas los hombres de mi generación hemos arribado a un mismo punto y que las preguntas antedichas con respecto a la obligación de poner la pluma y el talento al servicio de una renovación nacional tuvieron en todos las mismas candentes respuestas: no es posible, aquí por lo menos, evadirse de la circunstancia y es un deber ético comprometerse en poemas, libros, dramas y ensayos —sin sacrificar, por supuesto, ni a la poesía, ni a la novela, ni al teatro, ni a la inteligencia, en lo que ellas tienen de bellas artes —contra la injusticia de que es víctima secular el país real.

Al escritor del Perú —y al de toda América Latina— se le presentan en esta hora hasta cuatro caminos en el trance de su última decisión literaria: a) Prescinde de la tremenda realidad circundante por devoción a la pura expresión, al puro estilo, y se hace cómplice del sistema de explotación que determina el horror de dicha realidad; b) Acepta servir a la causa popular empleando la obra literaria como arma en la lucha contra las fuerzas retrógradas y opresoras, haciendo sacrificio de la expresión literaria pura; c) Actúa en las dos esferas —la "impura" de la acción por el progreso de su pueblo y la "pura" de la creación desasida de la realidad— como si una y otra no tuvieran sino contactos accidentales; y c) Renuncia a su vocación literaria para consagrarse a la actividad pública que sirve al interés nacional desde un puesto de combate inmediato. Con mayor o menor diferencia, tal es el panorama que se ofrece al hombre de letras de nuestro continente, en donde acechan a la inteligencia, para que se torne ociosa e inocua, para que sea conformista y burocrática, cientos de trampas, cientos de sutiles formas de la corrupción, cientos de mecanismos bien ajustados que acarrean el agua al molino oligárquico e imperialista. Muchas vocaciones perdidas han sucumbido en alguno de estos artificios colocados, como medios de sortear la miseria y la soledad que el ejercicio limpio de la ciudadanía y del arte, por quienes temen la verdad y la libertad encarnadas en los hombres de pensamiento, que son hombres de acción también.

NEGACION Y AFIRMACION

La negación es inevitable si se adopta, al asumir la misión a que he aludido, el deber de alistarse en la acción y el verbo al lado de las mayorías abandonadas al hambre, a la ignorancia, a la miseria, una actitud de combate. Sobre esa negación, sin embargo, se ha de fundar la alegría futura, el bienestar colectivo, la dicha de poseer en común lo que se crea en común. Y eso es una afirmación vital. Suscribo, por ello, pese a que no participo de su fundamento, marxista, una frase de José Carlos Mariátegui, con la cual concluyo estas palabras que son, a la postre, la confesión de una experiencia personal: "Mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor y nado me es más antitético que el bohemio puramente iconoclasta y disolvente, pero mi misión ante el pasado (y añado yo: ante el presente) parece ser la de votar en contra".

---

(1) Los datos sobre la economía nacional que fueron citados en esta ponencia y que aquí, por razones obvias, se han sintetizado, fueron tomados en su mayor parte de "Problemas de la Economía Peruana", de Virgilio Roel, Lima, 1959.